

PENCE, Gregory E. 2012, *How to Build a Better Human. An Ethical Blueprint*, Plymouth (UK): Rowman & Littlefield Publishers.

ISBN 978-1-4422-1762-1, 200 páginas

How to Build a Better Human, escrito por el filósofo norteamericano Gregory E. Pence, resulta un soplo de aire fresco en lo que se refiere al debate bioético sobre la mejora humana (*human enhancement*). Consciente de que este tema es, sin duda, la cuestión del momento dentro de la bioética, Pence se propone elaborar una metodología, así como una propuesta, que se alejen de las de quienes simplifican demasiado la realidad del debate adscribiéndose a uno de los grupos que le dan vida: bioconservadores y transhumanistas. Con ello trata de mostrar los errores lógicos y teóricos más comunes de ambas corrientes; por ejemplo, la tesis de que no existe diferencia moral alguna entre todas aquellas intervenciones e innovaciones tecnológicas cuya finalidad es mejorar las condiciones de vida de los seres humanos —conocida como “tesis de la continuidad” o del “esto-ya-lo-hemos-hecho-antes”, por usar la expresión de John Harris—.

El libro se divide en 18 capítulos distribuidos en 3 secciones. La primera se dedica a esbozar, en diálogo con las corrientes bioéticas existentes, las bases teóricas de su metodología y propuesta propias, mientras que la segunda sección y la tercera tratan de mostrar cómo funciona esta metodología tan particular cuando la aplicamos, primero, a las tecnologías de mejora que tenemos hoy en día y, segundo, a las que están por venir. Esta metodología, que hace tan interesante y particular este trabajo de Pence, se sustenta en tres pilares básicos: a) distinguir claramente todos y cada uno de los tipos de intervenciones tecnológicas de mejora que existen (13); b) atender con detenimiento a la realidad de estas técnicas, así como a la de la sociedad en que vivimos (75); y c) mantener la complejidad de aquello que es complejo, sin simplificarlo (159).

Según Pence, el mayor error de la bioética en lo que concierne al debate en torno a la mejora es que se tiende a reducir el carácter multifacético de muchos de los casos a una sola lógica. Cada tipo de mejora humana, así como cada tecnología, difieren de las demás en diversos aspectos y, muchas veces, lo hacen de modo radical. No podemos, por ejemplo, asimilar una tecnología como el teléfono móvil a la energía nuclear (13), pues las consecuencias de su uso son completamente diferentes —lo cual no implica que no puedan tener ambas

efectos nocivos—. Pence localiza este error en grandes autores dentro de la bioética como, por ejemplo, Leon R. Kass, quien, según la interpretación de nuestro autor, iguala todo tipo de intervenciones de mejora con independencia de que se refieran a adultos competentes, niños o generaciones futuras. De hecho, el que fuera presidente del Comité Norteamericano de Bioética se centra en el caso de los niños y las generaciones futuras para que sus argumentos contra la mejora humana en general resulten más sólidos y convincentes (15).

Kass es uno de esos autores que Pence etiqueta como “alarmistas”, en tanto que fundamentan su rechazo de las intervenciones de mejora humana utilizando un argumento de “efecto avalancha” o “pendiente resbaladiza”. Según éste, técnicas de mejora humana que parecen en principio inofensivas —como la selección de ciertos rasgos físicos o la cura de enfermedades congénitas— pueden llevar al desarrollo de ciertas actitudes y tendencias que desemboquen en el uso de las tecnologías de mejora con fines terribles, no permisibles moralmente como, por ejemplo, potenciar la existencia de una raza superior a la de los seres humanos no intervenidos. A juicio de estos autores “alarmistas”, una vez que la intervención biotecnológica se lleve a cabo en nuestra sociedad, no habrá quien frene la posibilidad de que ésta alcance realizaciones extremas como la antes nombrada. La línea que separa el uso benévolo de la tecnología y su empleo eugenésico es demasiado fina y la tentación demasiado grande como para permitir cualquier tipo de mejora humana.

Por el contrario, según Pence, el transhumanista, o “entusiasta”, defiende la aplicación de la tecnología de un modo acrítico. Para los defensores de esta corriente es como si toda la tecnología que resulta novedosa, y cuya finalidad es mejorar las condiciones de vida del ser humano, debiera ser aceptada solo por el hecho de suponer una novedad. Con ello, se olvidan de todos los comienzos en falso de muchas de las tecnologías de las que disponemos en la actualidad, así como de las víctimas de la experimentación o el origen de las mismas que, en muchos casos, han generado grandes dosis de sufrimiento humano. La realidad moral, y los análisis filosóficos de ella, deben ser mucho más complejos que lo mantenido por quienes se empeñan en defender con entusiasmo o rechazar por completo este fenómeno. Por ello, tanto transhumanistas como conservadores simplifican en demasía la realidad para que encaje con su visión optimista o pesimista del avance científico cometiendo un error teórico grave.

Con el fin de escapar de esta simplificación y solventar este error, Pence propone distinguir entre lo que es directamente incorrecto y aquello que lo es de un modo indirecto. Para ello, hay que responder a esta pregunta: “¿es intrínsecamente incorrecto intervenir la naturaleza humana con vistas a su mejora?” Si las intervenciones de mejora humana resultaran ser directamente incorrectas, entonces deberían prohibirse atendiendo exclusivamente a fundamentos

morales; este tipo de análisis es el que otros autores han identificado como “referidos al sentido moral” (Kass) o “deontológicos” (Kurt Bayerz). Por el contrario, las intervenciones indirectamente incorrectas resultan serlo en función de las consecuencias que podrían tener para otras prácticas sociales, en particular, o para la sociedad, en general; por ejemplo, que su aplicación conlleve malgastar recursos o genere diferencias tan importantes entre los individuos que sean insoportables para la sociedad.

Asumiendo la necesidad de esta distinción, Pence se sitúa del lado del liberalismo de John Stuart Mill para afirmar que la aplicación de la mayoría de las tecnologías de mejora debe dejarse a la elección de individuos adultos competentes que tengan en cuenta que con sus acciones no deben dañar a terceros. Éstos son libres de hacer consigo y con lo suyo lo que les venga en gana con el fin de lograr los modos de vida que tienen razones para valorar, siempre y cuando reconozcan ese mismo derecho a los demás:

[c]onsidero que el conjunto de los deseos humanos es tan amplio, tan complejo, y tan individualizado, como cuestión legal y moral, que casi todas las mejoras elegidas personalmente deben ser permitidas entre adultos competentes (45)

Sin embargo, Pence afirma que esto no significa que no podamos llevar a cabo análisis morales relativos a estas opciones de vida con el fin de mostrar cuáles de ellas son más virtuosas. En este sentido, aunque no podemos considerar a Pence un bioconservador, sí que es un crítico de las actitudes y los modos de vida que promueven las tecnologías de mejora humana. Este es el caso, por ejemplo, de la cirugía estética con fines no curativos. Los individuos llevan a cabo estas mejoras de su aspecto físico con el fin de ser “más competitivos” respecto a los demás en el ámbito social. Estos motivos pueden parecernos estúpidos e innecesarios, sobre todo, porque ponen en riesgo la salud de los individuos por cuestiones que no tienen nada que ver con aquello que los seres humanos necesitan para llevar a cabo sus vidas. Esto se ve claramente en el caso del deporte: los deportistas pueden competir perfectamente sin necesidad de recurrir al dopaje, pero lo hacen, según dicen, para sobresalir y vencer a los otros. Estos motivos son moralmente criticables; si bien, siguiendo a Pence, el dopaje solo es rechazable porque es una trampa que atenta contra la idea de competición justa que está en la base del deporte, es decir, contra la naturaleza normativa del deporte.

A juicio de Pence, esto no sucede en la sociedad en general, pues la mayoría de las intervenciones de mejora, si son realizadas según los principios expuestos arriba, no violan ningún elemento normativo. Así, por ejemplo, sobre las mejoras de nuestro estado de ánimo, Pence afirma que no debe presentarse

ningún reproche siempre que sean utilizadas por individuos competentes. Si bien podemos afirmar que una vida sustentada en el uso de drogas no es la mejor vida que uno puede llevar a cabo, Pence es realista y afirma que “en una vida ideal sería mejor no tener mejoras, pero la vida no es siempre perfecta así que la gente necesita herramientas con las que lidiar con la realidad” (75).

Sin embargo, advierte Pence que la línea entre las acciones que atañen a uno mismo y las que lo hacen a los demás no es clara, ni mucho menos fija. Así pues, lo que parecería una decisión exclusivamente personal puede que no lo sea tanto (42). De hecho, la mayoría de nuestras acciones tienen alguna repercusión social de un tipo u otro. Por ejemplo, como consumidores, cuando adquirimos algún bien o servicio establecemos ciertas tendencias en la producción de las empresas que, al final, determinan aquello que otros individuos pueden encontrar, o no, en el mercado. A partir de nuestras acciones se establecen tradiciones, creencias y valores compartidos que tienen repercusiones. Este es el caso, por ejemplo, de la cultura favorable al dopaje en el deporte o a la cirugía estética en ciertas sociedades.

Tanto el dopaje como la cirugía estética son criticables, pero no rechazables en términos morales. Para Pence, lo que sí sería rechazable en términos morales es la acción de aquellos individuos que toman ventaja de estas tendencias en beneficio propio. Para ello generan, además, justificaciones que fomentan aún más dichas tendencias. De este modo, Pence lanza una crítica velada a algunos autores transhumanistas, tras cuyos estudios y argumentos se encuentra el apoyo de grandes empresas con intereses en extender las intervenciones de mejora: “para entender la práctica X en bioética, hemos de comprender los intereses económicos alrededor de X” (111).

Este es, a su parecer, el caso de las intervenciones de extensión de la vida y de mejora de nuestra descendencia. Como muestra en los capítulos del 7 al 14, las empresas toman ventaja tanto del afán humano de inmortalidad, como del deseo de dar a nuestra descendencia la mejor vida posible, para vendernos los últimos métodos de mejora como algo imprescindible y radicalmente nuevo. Sin embargo, ya existen en la actualidad métodos que podemos utilizar para extender nuestras vidas y mejorar nuestra descendencia. Estos intereses comerciales también forman parte de esa complejidad de la realidad que tanto bioconservadores como transhumanistas parecen obviar, en gran parte, debido a su interés propio. La realidad no es tan simple y sencilla como estos dos grupos proponen. Lo cual se refleja claramente en el tema estrella del debate en torno a la mejora humana: la modificación genética de nuestro organismo.

La tercera sección de este libro se dedica, precisamente, a mostrar la posibilidad de llevar a cabo este tipo de intervenciones. Haciendo uso de los últimos estudios científicos del momento, Pence concluye que, de los cinco grandes ar-

gumentos acerca de la mejora —el relativo a los dones heredados, a la alteración de la naturaleza humana, a la resurrección de la eugenesia nazi, a la creación de injusticia y el relativo al diseño de nuestra descendencia—, ninguno tiene sentido ni apoyo científico suficiente. A día de hoy, las intervenciones que más temen los bioconservadores, y que más defienden los transhumanistas, no son realizables, ni lo serán en un futuro cercano. Este debate, por lo tanto, pierde su base si verdaderamente prestamos atención a la realidad científica.

Así pues, según Pence, más nos vale reorientar el debate sobre la mejora atendiendo a una serie de propuestas prácticas con las que concluye el libro: a) crear una base de datos sobre los intentos individuales encubiertos de mejora; b) crear centros nacionales de mejora humana que estudien estos casos y cómo introducir nuevas tecnologías con fines públicos; c) llevar a cabo estudios con fondos públicos sobre el uso de las sustancias y técnicas de mejora de las que ya disponemos (drogas, cirugías, etc.); d) usar la metodología que él propone, según la cual cada uno de los tipos de mejora debe analizarse en su particularidad; e) no dejar el estudio y análisis ético de las mejoras para un futuro cercano, sino empezar ya; y, por último, f) llevar el debate en torno a la mejora más allá de los términos establecidos en el “enfrentamiento de bloques” entre transhumanistas y bioconservadores.

Todas y cada una de las críticas que Pence articula son acertadas: la falta de complejidad de los autores, las asimilaciones infundadas, la ausencia de fundamento científico. Por ello, el apartado crítico-metodológico es, sin duda, el punto fuerte de esta obra. Sin embargo, no lo es tanto en el apartado propositivo. Si bien sus recomendaciones prácticas, al igual que su posición liberal al respecto, son interesantes, Pence deja de lado una última indagación teórica que es central dentro del debate en torno a la mejora. Los límites morales entre lo aceptable y lo rechazable no deben dejarse única y exclusivamente a la libertad individual de cada cual, sino que también deben basarse en un fondo último de normatividad más allá del cual se violan aquellos elementos que otorgan un valor intrínseco al ser humano. Así, por ejemplo, Nicholas Agar distingue entre “mejoras moderadas” y “mejoras radicales” y muestra que estas últimas, a diferencia de las primeras, nos llevarían a generar variaciones del ser humano —posthumanas— en las que se perdería lo que consideramos valioso y único de nuestra especie, lo cual desproveería de valor intrínseco a estos seres. Para llegar a ser una propuesta realmente completa y crítica con la realidad del debate actual acerca de la mejora, la propuesta de Pence necesitaría ser complementada con un principio de este tipo.

FRANCISCO JAVIER LÓPEZ FRÍAS
Universitat de València